

la insolencia de mi respuesta igualó la de la pregunta, y entonces... este recuerdo no se borrará jamás de mi memoria... mandó á uno de sus criados que me echase de allí; y uno de ellos efectivamente levantó la mano, sí, madre mía, y me ultrajó: no dos veces, no, porque á la primera estaba ya tendido á mis pies, pero me había ultrajado; y cuando corrí á su amo, cuando le pedí una satisfacción... «Bien,—me dijo:—¿quién sois?» Díjeme mi nombre. «¡Burkenstaf!—exclamó con desprecio:—yo no me bato con el hijo de un tendero. Si fueseis noble ú oficial no digo que no.»

MAR. (*Espantada.*) ¡Dios mío!

ED. Noble no puedo serlo, ¡es imposible! Pero oficial...

MAR. (*Con viveza.*) No lo serás; no conseguirás ese grado, á que no tienes derecho alguno; no, no le tienes... El puesto que debes ocupar está en esta casa, al lado de tu madre, que lo pierde todo en un solo día; ya estás como tu padre, prontos los dos á abandonarme, á exponer vuestra vida... ¿y por qué? porque no sabéis ser felices, porque vivís de ambición, porque os comparáis con los que son más que vosotros. Yo no pido nada á los poderosos, ni á los señores, ni á sus hijas... no quiero más que mi marido y mi hijo... pero los quiero absolutamente, porque son míos... (*Abrazándole.*) porque me pertenecen... porque son toda mi felicidad, y nadie me la quitará.

ESCENA V

MARTA, JUAN, EDUARDO

JUAN. (*Con alegría, mirando á la calle.*) ¡Eso es! ¡soberbio!... así, así...

ED. ¿Cómo? ¿de vuelta ya?... ¿está ya mi padre en casa de Michelson?

JUAN. (*Alegremente.*) Mejor que eso.

MAR. (*Impaciente.*) ¿Está salvo por fin?

JUAN. (*Con aire de triunfo.*) Lo han preso.

MAR. ¡Cielos!

JUAN. ¡Toma! ¡no os asustéis! Va bien; ¡la cosa va perfectamente!

ED. (*Con ira.*) ¿Te explicarás por fin?

JUAN. Cruzábamos la calle de Stralsund, cuando hétenos cara á cara dos soldados de guardias que nos observan... nos siguen; encarándose luego con vuestro padre: «Señor Burkenstaf,—le dice uno de ellos con mucha cortesía,—en nombre de su excelencia

el señor conde de Estruansé, os intimo que vengáis con nosotros; desea hablaros...»

ED. ¿Y qué?

JUAN. Viendo sus buenos modos, vuestro padre les responde: «Estoy pronto, señores, á seguirlos;» y todo esto había pasado con tanta tranquilidad, que nadie en la calle lo había echado de ver; pero yo... ¡para el tonto que creyera!... plántome en el arroyo, y póngome á gritar como un desesperado... «¡Socorro, socorro, amigos!... que prenden á mi amo... Berton Burkenstaf... ¡á ellos, á ellos!»

ED. ¡Imprudente!

JUAN. ¡Ca! No, señor; había yo visto un grupo de trabajadores y artesanos que iban á su trabajo... me oyen, y acuden á mi voz; al verlos correr, las mujeres y los muchachos corren también, y los que van por la calle hacen otro tanto; unos por interés, otros por curiosidad... En un momento se arma un tumulto... Se obstruye la calle... los coches se detienen... los tenderos salen á las puertas, y los vecinos se asoman á las ventanas... Entretanto ya habían rodeado los artesanos á los soldados, y, libre ya vuestro padre, se lo llevaban en triunfo, seguidos, por supuesto, de la multitud, que se aumentaba por instantes; pero al pasar por la calle de Altona, donde están nuestros talleres, allí habíais de haber visto, ¡qué algazara! había corrido ya la voz de que habían querido asesinar á nuestro amo, y que había habido una pelea encarnizada con la tropa; la fábrica entera se levantó, y el barrio con ella, y todos corren en tropel al palacio gritando que da gozo: «¡Viva Burkenstaf! que nos le vuelvan.»

ED. ¡Qué locura!

MAR. ¡Y qué desgracia!

ED. De un negocio insignificante por sí han hecho un asunto de estado, que va á comprometer á mi padre y á justificar las medidas que se tomaban contra él.

JUAN. ¡Ba!—No tengáis cuidado: no hay nada que temer: los demás barrios se han alborotado también. Ya están rompiendo por todas partes los faroles y los vidrios de las casas grandes. Va bien; eso es lo más divertido del mundo. No se hace daño á nadie; ¡pero en encontrando gente de palacio les tiran piedras y lodos á ellos y á sus coches! eso es excelente, porque lim-

ESCENA VI

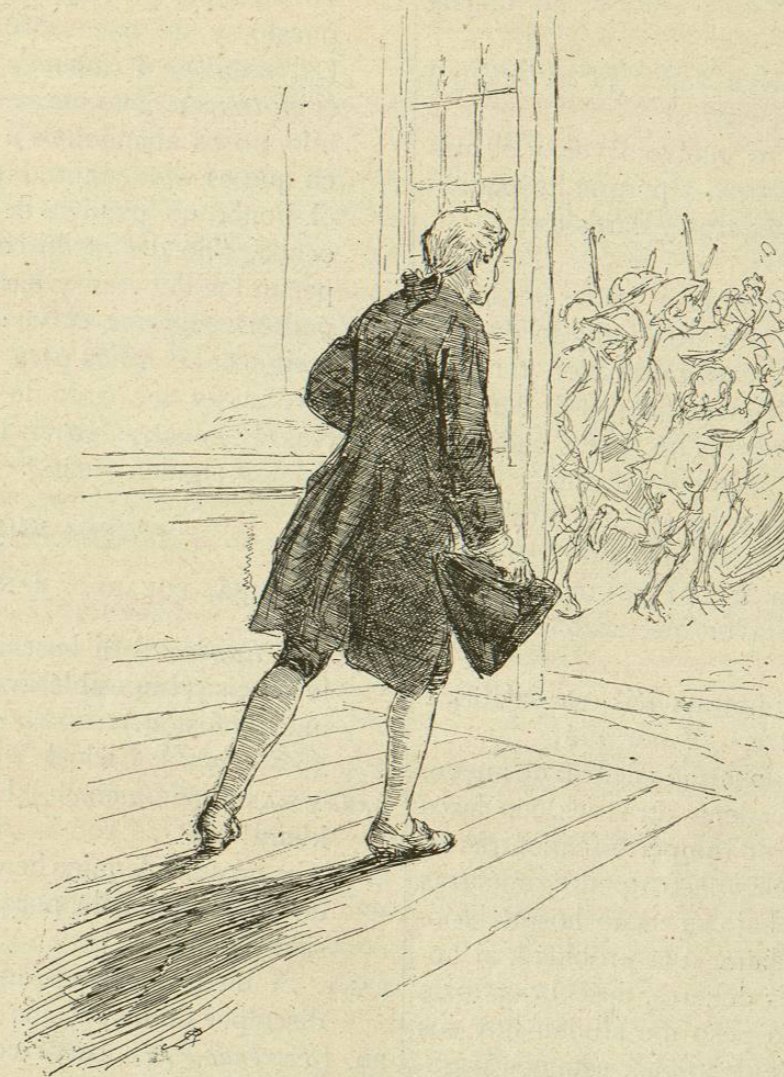
JUAN, MARTA

pia las calles... A propósito... ¿oís los gritos? ¿Veis aquel coche que han detenido enfrente de nuestro almacén, y que tratan de derribar?

ED. ¿Qué veo? las armas del conde de Falklend. ¡Si fuese! (*Se precipita en la calle.*)

MAR. (*Tratando de detener á Eduardo.*) ¡Hijo mío! ¡Eduardo! ¡Se va á exponer!

JUAN. Dejadle, señora... ¡exponerse él! ¿el hijo



de nuestro amo? no corre ningún riesgo... á nada se expone, sino á que lo lleven en triunfo... (*Mirando al foro.*) ¿Lo veis desde aquí cómo habla con aquellos que rodean el coche...? á todos los conozco... ¡Ah! se apartan, se alejan.

MAR. Felizmente. Pero, ¿y mi marido? quiero saber qué es de él... corro á buscarle.

JUAN. (*Queriendo detenerla.*) ¿Qué vais á hacer?

MAR. (*Empujándole y precipitándose en la calle.*) Déjame, te digo... quiero... quiero buscarle.

JUAN. Imposible detenerla. (*Llamando á Eduardo.*) ¡Señor Eduardo! (*Mirando.*) ¡Oiga!

¿qué diablos está haciendo ahora?... Ayudar á bajar del coche á una señorita, muy linda por cierto... y muy elegante. ¡Vaya! ¡Pardiez! ¡á que está desmayada! ¿Toma, no lo dije? (*Viniendo hacia la escena.*) ¡Pobrecilla! ¡Pues no ha tenido miedo!

ED. (*Entrando con Carolina en sus brazos desmayada la sienta en un sillón.*) Agua, madre mía, agua.

JUAN. Acaba de salir para saber de nuestro amo.

ED. Ya vuelve... ¿Qué haces ahí tú? vete.

JUAN. ¡Miren qué pedrada! no deseo yo otra cosa. Voy á unirme con la turba y á gritar como los demás. (*Vase.*)

ESCENA VII

CAROLINA, EDUARDO

CAR. (*Volviendo.*) Esos gritos, esas amenazas, esa muchedumbre furiosa que me rodea... ¿Qué daño les he hecho yo?... ¿dónde estoy?

ED. (*Con timidez.*) Estáis segura; no temáis nada.

CAR. (*Conmovida.*) Esa voz... (*Volviéndose.*) ¡Eduardo! ¿Sois vos?

ED. Sí, soy yo, que os vuelvo á ver, y el más feliz de los hombres.... porque he podido defenderos, protegeros y daros asilo.

CAR. ¿En dónde?

ED. En mi casa; en casa de mi padre; perdonad si os recibo en este sitio indigno de vos; estos almacenes, este mostrador, tan distintos de los brillantes salones de vuestro padre... pero nosotros no somos nadie; no somos más que unos comerciantes.

CAR. Eso sería ya por sí solo un título á la consideración de todo el mundo; pero para conmigo y con mi padre tenéis otros, Eduardo, y el favor que acabáis de hacerme...

ED. ¿Favor? ¡Ah! no pronunciéis esa palabra...

CAR. (*Siempre sentada.*) ¿Y por qué?

ED. Porque va á imponerme silencio de nuevo, porque me encadena otra vez con lazos que quiero por fin romper. Sí; mientras fui bien recibido por vuestro padre, mientras que me acogió bajo su techo hospitalario, hubiera creído faltar á la probidad, al honor, á todos mis deberes, descubriendo un secreto de cuyo peso me aliviaban hoy sus ultrajes; nada le debo ya... estamos pagados; y antes de morir quiero hablar, quiero, aunque hayáis de abrumarme con vuestro desprecio y vuestra indignación, que sepáis por fin cuánto he padecido, y cuánto dolor, cuánta desesperación abriga mi pecho...

CAR. (*Levantándose.*) ¡Eduardo! ¡por Dios!

ED. Sí, ¡lo sabréis!

CAR. ¡Ah, desgraciado! ¿Creéis por ventura que lo ignoro?

ED. (*Con entusiasmo.*) ¡Carolina!

CAR. (*Asustada.*) ¡Silencio! ¡Silencio! ¿Creéis vos mi corazón tan poco generoso que no haya comprendido la generosidad del vuestro, que no haya sabido agradecer vuestros sacrificios, y sobre todo vuestro silencio? (*Movimiento de alegría de Eduar-*

do.) Sea hoy la última vez que os atreváis á romperle; desde mañana estoy destinada á otro; mi padre lo exige, y sumisa siempre á mis deberes...

ED. Vuestros deberes...

CAR. Sí; sé lo que debo á mi familia, á mi cuna, á esas distinciones que acaso no hubiera yo deseado, pero que el cielo me ha impuesto, y de que sabré hacerme digna. (*Acercándose á Eduardo.*) Y vos, Eduardo (*Con timidez.*), no me atrevo á decir amigo mío, no os abandonéis á la desesperación en que os veo; conoced que la deshonra y el honor no penden del rango que uno ocupa, sino del modo con que se desempeñan los deberes, y haréis lo que yo... y podréis soportar el vuestro con valor y resignación. Adiós para siempre; mañana seré mujer del barón de Geler.

ED. No, no; mientras yo viva, yo os juro aquí... ¡Cielos! alguien viene...

ESCENA VIII

CAROLINA, EDUARDO, RANTZAU, MARTA

MAR. (*A Rantzau.*) Si buscáis á mi hijo, aquí le tenéis. (Imposible averiguar nada. Es una confusión.)

CAR. (*Viéndolos.*) ¡Cielos!

MAR. y RANT. (*Saludando.*) ¡La señorita de Falklend!

ED. (*Con viveza.*) A quien hemos tenido la dicha de ofrecer un asilo, porque su coche había sido detenido.

RANT. ¿Y bien? no parece sino que os queréis disculpar de una acción que os honra.

ED. (*Turbado.*) ¿Yo, señor conde?

MAR. ¡Conde! ¡Vaya! esto es hecho, nuestra tienda es el punto de reunión de todos los señores.)

RANT. (*Que ha echado una mirada penetrante á Carolina y Eduardo que bajan los ojos.*) Bien; muy bien. Una joven libertada por un caballero galante... novelas he leído que empezaban así.

ED. (*Tratando de mudar de conversación.*) Pero vos, señor conde, pareceme que no andáis muy prudente en salir á pie por las calles.

RANT. ¿Por qué? Precisamente ahora las gentes de á pie son potencias; ellas son las que salpican á los que van en alto: por otra parte, no tengo más que una palabra; os había prometido traeros vuestros despachos de paso que venía á hacer algunas

compras. (*Sacándolos del bolsillo y dándoselos.*) Aquí tenéis.

ED. ¡Qué fortuna! ¡soy oficial!

MAR. Esto es hecho... ¡infeliz de mí! ¡Con razón desconfiaba yo de este hombre!

RANT. (*Volviéndose hacia ella.*) Señora, os felicito por el favor y la popularidad de que gozáis en este momento.

MAR. ¿Qué me queréis decir con eso?

RANT. ¿Pues qué ignoráis lo que pasa?

MAR. Vengo de nuestros talleres, donde no ha quedado un alma.

RANT. Todos están en la plaza: vuestro marido se ha hecho el ídolo del pueblo. Por todas partes se ven banderas y letreros en que resaltan estas palabras: «¡Viva Burkenstaf, nuestro jefe! ¡Burkenstaf para siempre!» ¡Su nombre es un grito de reunión!

MAR. ¡Desdichado!

RANT. Las oleadas tumultuosas de sus parciales rodean el palacio y gritan de corazón: «¡Muera Estruansé!» (*Sonriéndose.*) Hasta los hay que gritan: «¡Mueran los miembros de la regencia!»

ED. ¡Santo Dios! ¿Y no teméis...?

RANT. ¡Bah! Nada; me paseo incógnito, como simple aficionado; por otra parte, al menor peligro me ampararía con vuestro nombre.

ED. (*Con viveza.*) Y no en balde; yo os lo juro. (*Cogiéndole una mano.*) Cuento con ello.

MAR. (*Yendo hacia el foro.*) ¡Dios mío! ¿no oís ese ruido?

RANT. (*Tomando la derecha.*) ¡Magnífico! Esto marcha. Si sigue así, no tendrá una necesidad de meterse en nada.)

ESCENA IX

CAROLINA, EDUARDO, JUAN, MARTA, RANTZAU

JUAN. (*Sin aliento.*) ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Es nuestro!

MAR., ED. y RANT. Habla: ¿qué? acaba.

JUAN. No puedo más; cuidado si he gritado. Estábamos en la plaza mayor, delante del palacio, debajo de los balcones... tres ó cuatro mil éramos lo menos, gritando: «Burkenstaf, Burkenstaf; que se revoque la orden que le condena; Burkenstaf.» Entonces Estruansé se deja ver en el balcón, y á su lado la condesa vestida de gran gala. Vaya si estaba bien. Terciopelo azul... buena figura... ¡hermosa voz! Fué á hablar, y todo el mundo calló. «Amigos míos, dice, nos han engañado; revoco toda

especie de arresto, y os prometo en nombre del rey y en nombre mío que Burkenstaf es libre y no tiene por qué temer.»

MAR. ¡Respiro!

CAR. ¡Qué fortuna!

ED. ¡Todo se ha salvado!

RANT. ¡Todo se ha perdido!

JUAN. Entonces fué ella. «¡Viva el primer ministro! gritamos todos; ¡viva la condesa! ¡viva Burkenstaf!» Y cuando yo dije á los que estaban á mi lado, y á todo eso: «Yo soy el que soy, Juan, el mismo Juan, el Juan mancebo de su almacén:» «¡Viva Juan!» gritaron también, y me rompieron todo el vestido, cogiéndome en volandas para enseñarme á la muchedumbre. Tira por aquí, tira por allí... ¡añicos! Y esto no es nada todavía; ahora se están organizando, van á venir con sus jefes á la cabeza para cumplimentar á nuestro amo y llevarse por ahí en triunfo á las casas capitulares.

MAR. ¡En triunfo! ¡Va á perder la cabeza!

RANT. ¡Qué lástima! ¡un motín que empezaba tan bien!... ¿en quién puede uno confiar ahora?)

ESCENA X

CAROLINA, EDUARDO, en el fondo; BERTON y varios NOTABLES que le rodean, MARTA, JUAN, RANTZAU

BERT. (*Recogiendo varios memoriales.*) Bien, amigos míos, bien; presentaré vuestras reclamaciones al ministro y al gobierno; preciso será que hagan justicia... Además yo estaré en todo... hablaré, hablaré. En cuanto al triunfo que el pueblo me prepara, y que mi modestia me aconseja rehusar...

MAR. ¡Eso es otra cosa!

BERT. Lo acepto, por el bien público, y en atención al buen efecto. Aquí esperaré la comitiva, que puede venir por mí cuando guste. Por lo que hace á vosotros, queridos colegas y notables de nuestro gremio, espero que de vuelta del triunfo vendréis á cenar á mi casa; os convidó á todos.

TODOS. (*Gritando al salir.*) ¡Viva Burkenstaf! ¡Viva nuestro jefe!

BERT. ¡Nuestro jefe! ¡ya lo oís! ¡qué honra!... (*A Eduardo.*) ¡Qué gloria, hijo mío, para nuestra casa! (*A Marta.*) Y bien, mujer, ¿qué te decía yo? Soy una potencia, un poder del estado. Nada hay igual á mi popularidad, y ya ves el partido que puedo sacar de ella.

- MAR. Sí; sacarás una enfermedad; descansa, sosiega; ¡estás sofocado!
- BERT. (*Limpiándose la frente.*) ¿Qué? no. La gloria no cansa nunca. ¡Qué hermoso día! ¡Hombre! Todo el mundo se inclina delante de mí, todos se dirigen á mí, todos me hacen la corte. (*Viendo á Carolina y Rantzau, que están junto al mostrador á la izquierda y que Eduardo le ocultaba.*) ¿Qué veo? ¡La señorita de Falklend y el conde de Rantzauen mi casa! (*A Rantzau con énfasis y protección.*) ¿Qué hay, señor conde? ¿En qué puedo servirlos? ¿Qué venís á pedirme?
- RANT. (*Fríamente.*) Quince varas de terciopelo.
- BERT. (*Cortado.*) ¡Ah! era eso... perdonad, pero si es cosa del comercio no puedo... si fuese otra cosa... (*Llamando.*) ¡Marta! bien conocéis que en el momento de mi triunfo... ¡Marta! sube al almacén y sirve al señor conde.
- RANT. (*Dando un papel á Marta.*) He aquí mi nota.
- BERT. (*Gritando á su mujer, que sube ya la escalera.*) Y después pensarás en la cena; una cena digna de nuestra nueva posición; ¡buen vino! ¿estamos? (*Señalando á la puerta que está debajo de la escalera.*) El vino del sótano.
- MAR. (*Subiendo la escalera.*) ¿Acaso tengo yo tiempo para hacerlo todo?
- BERT. ¡Vaya! No te incomodes: (*A Rantzau.*) Tendré que ir yo mismo en persona. (*Marta acaba de subir la escalera y desaparece.*) Mil perdones, señor conde; ya lo veis, tengo tantas cosas sobre mí, tantos cuidados... (*A Carolina con tono protector.*) Señorita, he sabido por Juan, mi mancebo de... (*Reteniéndose*) mi dependiente... la falta de respeto cometida con vos y con vuestro coche; podéis estar segura de que yo ignoraba... ¡ya se ve! yo no puedo estar en todas partes... (*Con tono de importancia*) de otra suerte hubiera interpuesto mi autoridad; os doy palabra de manifestar públicamente cuánto ha sido mi desagrado, y quiero empezar...
- RANT. Por hacer llevar esta señorita á casa de su padre.
- BERT. Eso es precisamente lo que yo iba á decir... me hacéis pensar en ello... Juan, á ver, que devuelvan su coche á esta señorita. Y diréis que lo mando yo, Berton de Burkenstaf; y para escoltar á esta señorita...
- ED. (*Con viveza.*) Yo me encargo de eso, padre mío...
- BERT. ¡Enhorabuena! (*A Eduardo.*) Si os sucediese algo, si os quisiesen detener, dirás: Soy Eduardo Burkenstaf, hijo del señor...
- JUAN. Berton Burkenstaf; ya se sabe.
- RANT. (*Saludando á Carolina.*) Señorita... adiós, amigo mío. (*Eduardo ofrece la mano á Carolina, y sale con ella seguido de Juan.*)

ESCENA XI

RANTZAU BERTON. (*Rantzau se ha sentado junto al mostrador, y Berton al otro lado.*)

- BERT. Os hacen esperar; me es muy sensible.
- RANT. A mí no... con eso estoy más tiempo en vuestra compañía: siempre gusta uno ver de cerca á los personajes célebres.
- BERT. ¡Célebre! sois muy amable. Ello, es cosa inconcebible; esta mañana nadie se acordaba de semejante cosa, ni yo tampoco... ¡yo mismo!... todo ha venido en un instante.
- RANT. Esas cosas vienen siempre con esa prisa... (y con la misma se van.) (*Alto.*) Sólo siento que esto se haya acabado tan pronto.
- BERT. ¡Oh! pero esto no está acabado. Ya lo habéis oído... van á venir por mí para llevarme por ahí en triunfo. Perdonad; voy á vestirme; si los hiciese esperar, se impacientarían con razón; creerían que el gobierno me había hecho desaparecer.
- RANT. (*Sonriéndose.*) Cierto; y la jarana volvería á empezar.
- BERT. Ni más ni menos; ¡ya se ve! ¡me quieren tanto! así es que esta noche, esa cena que doy á los notables será, me parece, de un efecto seguro; porque en un banquete se bebe... y...
- RANT. Se animan todos.
- BERT. Se echan brindis á Burkenstaf, al jefe del pueblo, como me llaman... ya entendéis. Adiós, señor conde.
- RANT. (*Sonriéndose y llamándole.*) Un instante; para beber á vuestra salud es menester vino, y eso que le decíais á vuestra mujer hace poco...
- BERT. (*Dándose una palmada en la frente.*) Es verdad; se me olvidaba. (*Pasa detrás de Rantzau y detrás del mostrador, y señala la puerta que está debajo de la escalera.*) Ahí tengo un sótano soberbio, donde conservo mis vinos del Rhin y de Francia. Mi

- mujer y yo somos los únicos que tenemos la llave.
- RANT. (*A Berton, que abre la puerta.*) Precaución muy prudente. Al principio creí que teníais ahí vuestro tesoro.
- BERT. No; y eso que estaría seguro. (*Golpeando la puerta.*) Seis pulgadas de grueso y forrada en hierro. (*Yendo á entrar.*) Con vuestro permiso, señor conde.
- RANT. Vos le tenéis... yo subo al almacén. (*Berton baja al sótano; Rantzau se acerca á la puerta, la cierra y vuelve á la escena tranquilamente, diciendo:*) Un hombre como éste es un tesoro, y los tesoros... (*Enseñando la llave*) deben estar siempre bajo llave. (*Sube la escalera que conduce al almacén y desaparece.*)

ESCENA XII

JUAN, y después MARTA, MOZOS, y PUEBLO

- JUAN. (*Dejándose ver en el fondo, á la puerta, mientras que el conde sube la escalera.*) Aquí están, aquí están, es cosa vistosa; una comitiva asombrosa: los jefes de los gremios con sus estandartes y músicas y... (*Se oye una marcha triunfal, y se descubre la cabeza de la comitiva, que se coloca en el fondo del teatro, en la calle, fuera de la tienda.*) ¿Dónde diablos está nuestro amo? arriba sin duda. (*Corriendo hacia la escalera.*) ¡Señor Berton, señor! que vienen ya á buscaros; ¿me oís?
- MAR. (*Apareciendo en la escalera con dos mancebos de tienda.*) ¿Qué tienes tú, qué gritas?
- JUAN. Grito porque busco á nuestro amo.
- MAR. Abajo está.
- JUAN. Está arriba.
- MAR. Te digo que no.
- EL PUEBLO. (*Fuera.*) ¡Viva Burkenstaf! ¡viva nuestro jefe!
- JUAN. ¡Voto va! y no está aquí... y van á gritar sin él... (*A los dos mancebos de tienda que han bajado.*) A ver vosotros si registráis toda la casa. (*Van entrando algunos del pueblo. Marta baja.*)
- EL PUEBLO. (*De fuera.*) ¡Viva Burkenstaf! ¡Que salga! ¡que salga!
- JUAN. (*En altas voces á la puerta de la tienda.*)
- Ahora, ahora; han ido á buscarle; os le van á enseñar. (*Recorriendo el teatro.*) Esto me hará perder la cabeza... la sangre me hierve en las venas.
- VARIOS MOZOS. (*Entrando por la derecha.*) Yo no le he encontrado.
- OTROS. (*Bajando de los almacenes.*) Ni yo tampoco; no está en casa.
- EL PUEBLO. (*Fuera con sordo murmullo.*) ¡Burkenstaf! ¡Burkenstaf!
- JUAN. ¡Voto va! ya se impacientan; ya murmuran. ¿Dónde diablos puede estar?
- MAR. ¡Dios mío! ¿Le habrán preso de nuevo?
- JUAN. ¿Qué? ¿después de la palabra que nos han dado? (*Dándose una palmada en la frente.*) ¡Ah! Dejadme... aquellos soldados que yo he visto rondando la casa... (*Corriendo hacia el foro.*) ¡Y la música tocando siempre. ¡Silencio! ¡silencio! ¡callad! me ocurre una idea... ¡es horroroso!... ¡es una infamia!
- MAR. ¿Qué diablos tienes?
- JUAN. (*Dirigiéndose á un grupo.*) Sí, amigos míos, sí, se han apoderado de nuestro amo... han asegurado su persona, y mientras que nos estaban echando buenas palabras lo estaban prendiendo por otra parte; ¡está preso otra vez! ¡Favor, los amigos, favor!
- EL PUEBLO. (*Precipitándose en la tienda y rompiendo los vidrios del fondo.*) ¡Aquí estamos! ¡viva Burkenstaf, nuestro jefe... nuestro amigo!
- MAR. ¡Vuestro amigo, y le destrozáis la casa!
- JUAN. ¿Y qué? sí, señora; eso es entusiasmo, y vidrios rotos. ¡Al palacio! ¡Al palacio!
- TODOS. ¡Al palacio! ¡Al palacio!
- RANT. (*Dejándose ver en lo alto de la escalera, y mirando cuanto pasa.*) ¡Ah! ¡ah! esto ya es otra cosa... esto empieza á animarse otra vez.
- TODOS. (*Agitando en el aire sombreros, pañuelos y sus banderas.*) ¡Muera Estruansé! ¡Viva Burkenstaf! ¡que nos le vuelvan! ¡que nos le vuelvan! ¡Burkenstaf para siempre! (*Todo el pueblo sale en el mayor desorden con Juan. Marta cae desesperada sobre el sillón que está junto al mostrador, y Rantzau baja lentamente la escalera, estregándose las manos de gozo. Cae el telón.*)